

placéres el holgarme continuamente en su presencia; en holgarme en la creación del universo, siendo todas mis delicias el estar con los hijos de los hombres.—(Prov., VIII-22-31).

¿Qué significa ésto sino que Dios veía desde la eternidad el gran misterio de la Redención, que María estaba desde la eternidad presente en el Espíritu del Padre, como que debía cooperar en una obra tan admirable? Al crear el mundo, tenía delante de sí el auxiliar que se había escogido para reparar la primera falta y crear una segunda familia, mejor y más elevada que la primera. María es el seno universal en que fueron formados el mundo y la Iglesia. Llevó consigo toda la obra de Dios por su presencia divina en la creación, y por su propio consentimiento en la Encarnación. Dios al prepararla desde la eternidad para que fuese por Él y con Él un principio de todas las cosas, manifestó que quería hacerla participar de antemano, no de su eternidad, porque ella sería una criatura, sino de su poder, de su sabiduría, de su amor, de su fecundidad y de su goce celestial, como su cooperadora en la ejecución de estos designios misteriosos. ¡Qué elevación y qué miras tan profundas! La fe realza mi culto porque me hace ver que el manantial de donde ella brota se forma en las colinas eternas.—(*Monseñor Pavy*, Obispo de Argel, en su Mes de María).

ARTÍCULO V

PLATICAS PARA EL MES DE MARÍA

APERTURA DE LOS EJERCICIOS CONSAGRADOS Á MARÍA EN EL MES DE MAYO

No me es posible comenzar estos ejercicios, hermanos míos, sino manifestándoos mi gratitud por el afán con que venís para ostentar vuestra devoción á la Santísima Virgen, á la que vamos á dedicar todo un mes, para que oiga nuestras súplicas é interceda con su Hijo por nosotros los pecadores. Aquí os hemos esperado á los pies del altar, altar que muchas de vosotras habéis adornado con filial amor, y yo sabía que no lo contemplaría solo, porque sé que amáis tiernamente á vuestra Madre cuya suave mano nunca llama inútilmente á la puerta de vuestro corazón. Gracias, hijas mías; gracias hermanos míos, que os juntáis aquí conmigo para participar de mi amor á María, y saludarla como yo, desde el fondo de vuestro corazón.

Deseosos estábamos ciertamente de contemplar esta vanguardia del ejército de María, apiñándose alrededor nuestro desde que asomó el risueño sol de Mayo, porque en este mes bendito deseamos recoger entre el piadoso auditorio que nos rodea, la fuerza que nos es necesaria para inaugurar de una manera digna de la Santísima Virgen María los ejercicios que vamos á consagrarle durante todo un mes, hablando de aquella á quien amamos, exaltando sus virtudes y entonando cánticos mil de alabanza á la que es nuestra intercesora y abogada nuestra.

No podía desvanecerse mi esperanza. Aquí están mis feligreses, oh Madre nuestra amorosa; aquí están mis ovejas al pie de vuestro altar. No permitáis, Señora, que una sola desfallezca y deshoje el ramillete que venimos á for-

maros; antes al contrario, haced que los que vemos hoy tímidos ó indiferentes, se presenten mañana entusiastas y resueltos, porque ellos son también los hijos queridos de vuestro corazón.

Comenzaremos nuestros ejercicios, hermanos míos, haciendo un sencillo análisis de la materia que constituirá nuestras pláticas. Bien sabéis todos lo que en estos días acostumbramos hacer, y grato me es considerar que ninguno de vosotros lo ha echado en olvido. Estamos en el mes de María y queremos consagrarlo por completo, porque es nuestra Madre amorosísima. No temáis que seamos monótonos. El campo que debemos recorrer es vasto, infinito y rico en materia. Millares de volúmenes se han llenado ocupándose de este asunto, pero se pierden en los ramos de flores que brotan en este inmenso jardín de María. No nos faltará, pues, material, y lo único que podrá escasear será el talento necesario para desarrollarlo debidamente.

Lo que sobre todo debe procurar un predicador es hacer el bien y fortalecer á los que son débiles, llevándolos por la senda de la virtud; mas no le está prohibido buscar los senderos en que brotan las flores más hermosas para que sea más ameno el camino que recorra con su auditorio. Dejad, pues, que los busquemos, que ni por ser nuevos serán peores, ni por vestir un traje nuevo desconocemos al amigo que nos tiende la mano y nos convida con su afecto.

Tal vez diréis que os prometo más de lo que puedo daros. Confieso que el entusiasmo me arrastra al hablar de María; pero éste es su mes y ella nos concederá mil gracias espirituales; la primera que nos procure será vuestra benevolencia. Al meditar acerca del trabajo que hemos emprendido, más de una vez hemos contado los latidos de nuestro corazón; pero á pesar de ser difícil la empresa, procuraremos inspiraros todo el interés que el asunto re-

quiere. Momentos hay también en que nos domina el desaliento, y tememos que nuestras pláticas sean para vuestra inteligencia y vuestro corazón como una especie de ayuno. No por eso serán menos provechosas para vosotros, que al fin todas ellas se reducirán á hablaros de nuestra hermosa Madre la Virgen María, el botón del jardín del Señor, la flor de las flores.

Antes de todo hablaremos de la *legitimidad del culto* que á María profesamos. Vuestro buen sentido y criterio destruirán como por encanto los errores que puede haber sembrado en vuestro corazón la lectura de algunas obras ó las conversaciones que hayáis tenido con esos pretendidos católicos que quieren que nos dirijamos á Dios tú por tú, digámosle así y de una manera muy directa; como si Él mismo no nos hubiese dicho que María es el medio natural de comunicación para que el cielo baje hasta la tierra y se remonte ésta hasta el cielo. Veremos lo que nos dicen la inteligencia humana, la sagrada Escritura, la teología católica y la lengua, en fin, de todos los siglos, acerca de esta devoción harto despreciada por algunos hombres, pero bendecida por Dios y sancionada por infinitos milagros. Atended que he dicho *infinitos milagros* y por cierto que no me desdigo de lo dicho. Voy á probaros que sin atenerme á vuestra sola credulidad nos sobrarán pruebas que os manifiesten la verdad de lo que os digo.

Después de probar de una manera tan clara como la luz las verdades que desconocen muchos, ya porque no las han meditado, ya porque no han sabido ó no han querido comprenderlas, me permitiréis que ponga en relieve todo lo verdadero que encierra el culto de María, todo lo bello y bueno que contiene. Profundizaremos luego el interesante asunto que nos ocupa y satisfaremos cuanto deseo brote de vuestra justa curiosidad. Al exponeros sencillamente la doctrina católica haciendo resaltar el lugar prominente que ocupa María en el plan de la crea-

ción restaurada; al haceros comprender las relaciones que tiene con las Personas de la Santísima Trinidad, veréis que son muy legítimos los títulos que damos á María y que la popularidad de la devoción que le consagramos todos los católicos, es una de las más gloriosas del catolicismo.

Tal es la exposición dogmática que nos proponemos desarrollar. Cierto estoy, amados oyentes míos, de que me acompañaréis entusiasmados en mi mental visita para recorrer los principales santuarios y los lugares más notables de peregrinación ó romería, que son para nosotros la más viva manifestación del culto de María; y aprenderéis ciertamente á invocar á vuestra Reina bajo los títulos que le ha agradado darse, que ella misma ha elegido y que han pasado de un siglo á otro siglo acompañados siempre y rodeados de los favores y gracias que le plugo concederles. De gran provecho será para nuestras almas esta romería, aunque no nos ocupemos de la vida terrestre de la Santísima Virgen, de la cual os hablaremos en las festividades correspondientes del año.

El asunto principal de nuestros ejercicios puede encerrarse en estas tres palabras: *la legitimidad, el objeto y la manifestación* del culto de María. Creo que ganarán mucho nuestra inteligencia y nuestro corazón en el estudio que vamos á hacer, porque en él aprenderemos á ver con más claridad y á querer con más amor; procuraremos conseguirlo por lo menos, dedicando á ello toda nuestra voluntad y toda la pequeña inteligencia que Dios se ha dignado concedernos. Procurad vosotros por vuestra parte ayudarnos, animándonos con vuestra presencia y con vuestro fervor. ¿Negaréis á vuestro pastor una cosa tan sencilla, y os mostraréis avaros cuando se trata de obsequiar á nuestra madre amorosa? No os detenga el qué dirán, hermanos míos. ¿Seréis menos valerosos que esos infelices que se jactan de adorar á sus falsos ídolos? No

lo quiera Dios. No seamos más tibios en la práctica del bien que ellos en la del mal; seamos más libres y más independientes que ellos. La libertad nos agrada también y en nombre de ella debemos atrojar las cadenas del respeto humano que nos subyuga; comprendamos al fin cuánto debemos á nuestra dignidad humana y al título de cristianos. Seamos fuertes, que no es dado á los tímidos llamarse hermanos de Jesucristo, ni se afilian los cristianos vergonzantes entre los hijos de María.—ASÍ SEA.

PLATICA I

EL CULTO DE MARÍA SEGÚN LA RAZÓN

Para hablar de la Santísima Virgen según nuestros sentimientos, deberíamos comenzar entonando un himno de alabanzas en honor suyo, y pronunciar una palabra que, si bien se ha repetido mucho, no se ha dicho aún lo bastante. *Te amamos con todo nuestro amor, oh María.* Tal será el primer material de nuestro discurso. Mas hoy, por desgracia, no basta con hablar el lenguaje del corazón, y explicaré la causa de ello. La impiedad dirige virulentos ataques al culto que tributamos á la Santísima Virgen, y obligados estamos á defenderla. Se disputan los atributos de la que llamamos Madre nuestra y debemos afilar resueltos nuestras espadas para blandirlas en su defensa. Quieren ridiculizar en nombre de la razón la devoción que tenemos á María, y no nos pesa que á la razón apelen; á ella ocurriremos también nosotros y veremos quien á quien vence y sobre quien caerá el ridículo.

A pesar de sus descarríos y de su degradación, el siglo actual ha tenido la altísima gloria de desarrollar en gran manera el culto de la Santísima Virgen. El mes de Mayo se llama en todos partes el mes de María y con este títu-

lo se celebra donde quiera, desde las basílicas hasta las modestas iglesias de los pueblos más humildes. Hace nueve años que este culto se ha extendido de una manera sorprendente. Donde quiera se ven peregrinaciones ó romerías; esas locuras de la edad media, como dicen los aventajados del siglo, han resucitado con más entusiasmo que nunca. Satanás ha temblado en el fondo del abismo; Satanás, que nun a perdonará á la que le hizo doblar la cabeza bajo su talón virginal, no ha podido dominar su cólera, y dirigiéndose á los caudillos de sus mundanas huestes, les ha dicho: «Miserables, ¿cómo permitís que retoñe un pasado que abogué yo en mares de sangre? Esforzáos, satélites del infierno.» Y se pusieron en movimiento los periodistas, los fabricantes de novelas y los literatos asalariados; y fieles adoradores de todo odio que les procure fama y dinero, se extendieron en guerrillas y sus plumas llenaron millares de resmas de papel de venenosa tinta.

Pero ¿qué es lo que dicen al fin? Unos que el culto que tributamos á María es..... soltaremos la palabra, dicen que es *tonto*, que es propio únicamente de mujeres y niños y que es muy á propósito para embaucar á los pobres de espíritu. Otros, echándola de doctores y casi de apóstoles, dicen que somos unos exagerados, unos fanáticos y que poco nos falta para ser idólatras. Sostienen que elevamos á una simple criatura sobre la misma divinidad, y que lo que practicamos sirve solamente para echar á perder la religión y dar pábulo á los ataques de la impiedad. Antes de que contestemos á semejantes dictérios, les diremos que con todas estas razones no hacen sino probarnos que caminan de acuerdo con los protestantes, cuyas necias blasfemias repiten, y que nunca seguiremos su modo de practicar y seguir la religión de Jesucristo.

Nos complace considerar, hermanos míos, que Dios ha hallado valiosos defensores en los sectarios mismos de

Voltaire, y gracias á ellos no acabará el reinado de Jesucristo; pero hagamos ante todo una breve exposición de la religión católica.

La Iglesia católica tiene, como todos lo saben, tres clases de culto. El de *latria*, el de *dulia* y el de *hiperdulia*, que es el de *dulia* llevado á un grado eminente. El culto de la tría está reservado á Dios, y á Él solamente, porque no es sino el reconocimiento de la soberanía y dominio absoluto de Dios, causa, principio y fin de todos los seres de la creación.

El culto de *dulia* consiste en la veneración y confianza que depositamos en los ángeles y los santos. No es este el lugar más á propósito para demostrar la legitimidad de este culto. Podríamos dirigir á los que no lo admiten, una sola pregunta: ¿No es verdad que considerado en lo humano y bajo el punto de vista de la más estricta igualdad, hay en el mundo personas que disfrutan de un gran crédito entre los demás? ¿Dejan los mismos libre-pensadores de lisonjear y pedir favor á esas personas? ¿Desdeñan la protección que ellas le dispensan? Concretaremos más nuestra pregunta: ¿Se atreverán á sostener, los que no quieren que honremos á los santos, que ellos jamás han dirigido á ninguna criatura humana estas palabras: *yo te adoro*? Y después agregaremos esta otra pregunta: ¿Creeis sinceramente que era digna de adoración la persona que adorábais? ¿Había merecido un trono en el cielo y gozaba de gran crédito cerca de Dios?

Todo lo que es grande, noble é imponente se atrae los homenajes y el respeto de lo que es pequeño y mezquino: no hacemos sino seguir la ley de la naturaleza, al dirigir nuestras oraciones á la Santísima Virgen, que como lo indica la simple razón, está colocada sobre los ángeles y sobre los santos, y por lo mismo merece un culto especial y distinguido, al que da la Iglesia el nombre de *hiperdulia*. Sin embargo, por más que sea la Virgen María á nuestros

ojos una criatura privilegiada, extraordinaria, y superior á todas, comprendemos que no es sino una criatura, porque á la vez que se halla elevada infinitamente sobre los hombres, es infinitamente inferior á Aquel que es grande por sí mismo. Extenderé más mi pensamiento para decirlos que puesto que ninguna de las glorias de la Santísima Virgen es debida á su naturaleza, debemos remontarnos á Dios para encontrar el origen de ellas; y esto manifiesta que los honores que tributamos á María, los tributamos al mismo Dios á quien glorificamos al glorificar la más excelente de todas sus obras. Por lo mismo, lejos de que el culto que consagramos á María menoscabe en lo más mínimo el culto de Dios, más bien lo ensalza y amplía. Preparáos, pues, para contestar debidamente á los impíos que apoyan sus acusaciones en sofismas que quedan destruidos con sólo exponer sencillamente la doctrina católica. Fácil os será conocer, en vista de lo expuesto, cuál es el fin que llevan los que atacan á María suponiéndose los primeros defensores del culto de Dios. ¿Qué les importa á ellos la gloria de entrambos? Al promover cuestiones no piensan sino en satisfacer sus deseos de blasfemar y calumniar.

Dejemos que gocen sin obstáculo del triste papel que están desempeñando, es decir, el de fariseos enredadores, papel que sólo desempeñan los incautos y los ignorantes, por no darles un epíteto más duro. ¿Saben todos ellos quién nos ha iniciado en el culto de María? ¿Nos lo ha inspirado acaso algún niño destituido de razón, ó una mujer movida por la sencillez de su corazón? No por cierto, hermanos míos, sino que lo inspiró un ángel del Altísimo, y no de los de rango inferior, sino uno de los príncipes de la corte del Rey de los reyes: fué el Arcángel Gabriel quien dirigiéndose á la humilde Virgen de Nazareth, pronunció la bellísima y respetuosa salutación que todos conocemos: *Ave María gratia plena. Dios te salve María llena eres de gracia.*

No se presentó el bienaventurado Arcángel á la Santísima Virgen en nombre propio, sino en nombre de la Augusta y Santísima Trinidad: era el enviado de Dios, dice el Evangelio. Desempeñaba una misión tal como nunca la ha desempeñado el más distinguido de los embajadores. Iba á proponer á la Virgen en nombre de Dios que aceptara la honra mayor en el mundo, el más sublime de los privilegios: el de ser la Madre de Dios, se necesitaba el libre consentimiento de esta purísima mujer para que se realizara el Misterio de la Encarnación. Esto era admitirla ya en el consejo de la Trinidad. Una vez que el Misterio de la Encarnación hiciera del Hijo del Altísimo el Hijo de María, ¿no es cierto que por su título de madre se constituía en poderosísima abogada cerca de Jesús?

Decidme en vista de esto, hermanos míos, y decídmelo espontáneamente, es pueril la devoción que tenemos á María y carece de fundamento el culto que la tributamos? ¿Qué mucho que los hombres ensalcen á una criatura cuando Dios se ha dignado descender á ella?

Debemos agregar que no sólo es María la Madre de Dios, sino que también es Madre vuestra. Así lo quiso Jesucristo, que le dió esta nueva investidura y ella la aceptó. Y es la más cariñosa de las madres. ¿Cuál no será su corazón cuando Dios lo encontró digno de Él? Y aun cuando no fuese sino una madre como todas, ¿quién no siente latir su pecho al pronunciar este nombre?

¿Será posible que haya en el mundo quien crea que se venera y bendice demasiado á su madre? Seguid paso á paso lo que por vosotros ha hecho nuestra madre y la veréis meciendoos en la cuna, enjugando vuestras primeras lágrimas y recibiendo vuestras sonrisas hasta que la muerte os arrebatara. Durante todo este tiempo ni un minuto deja de consagraros sus pensamientos y sus cuidados. Si la desgracia hace sentir sobre vosotros su pesada mano, ella os consuela y nunca le faltará una palabra que

calme vuestros males, ni un arbitrio cariñoso para que no caigáis en el abandono y la desesperación.

¡Desdichados los que carecen de amor filial y no veneran á su madre! ¡Podremos admitir como hermanos nuestros á los que obren así?

Madre nuestra es María y si se tiene en consideración el lugar que ocupa junto á Dios, veremos que es nuestra mediadora y protectora nuestra. Jamás suben inútilmente á ella las oraciones que la dirigimos. Nadie ignora esta verdad, y si alguno no la sabe, es porque nunca ha sentido el amor en su corazón ni ha subido la oración á sus labios.

Uno de mis antiguos feligreses tenía la costumbre de quedarse todos los domingos solo en la iglesia después de la misa y se hincaba largo tiempo ante una imagen de la Virgen. No pude prescindir de preguntarle un día por qué permanecía tanto tiempo allí y me contestó con una sencillez verdaderamente conmovedora:—«Señor cura, siempre que queremos obtener el favor de alguno de los ricos del pueblo, nos valemos de las personas que se llevan más con él para que le hablen en favor nuestro. Yo hago lo mismo con Dios, y acudo á la Santísima Virgen para que me abone, porque estoy cierto de que mis súplicas serán oídas.»

Esta es la contestación que da la razón natural, es decir, la verdadera razón. No os apuréis tanto, filósofos del siglo; sostened vuestros absurdos en nombre del dinero, del progreso y de los placeres; pagad vuestro tributo á la materia; pero dejad al pueblo su buen sentido y el culto de María, que nos es más grato.—ASÍ SEA.

LA INMACULADA CONCEPCIÓN

DÍA DOS

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Multæ filiae congregaverunt divitias: tu supergressa es universas.

Prov., XXXI, 29.

Manus Domini confortavit te, et ideò eris benedicta in æternum.

Judith, XV, 11.

Noli metuere, non moieris; non enim pro te, sed pro omnibus hæc lex constituta est.

Esther, XV, 12-13.

Eripuit me de inimicis meis fortissimis, et factus est Dominus protector meus.

Psaln., XVII, 18-19.

Sanctificavit tabernaculum suum Altissimus.

Psaln., XLV, 5.

Fundatur exultatione universæ terræ mons Sion, latera Aquilonis, civitas regis magni.

Psaln., XLVII, 3.